

Juan Pablo Villalobos
posa para ICON
en Barcelona,
lejos física pero no
metafísicamente de
Lagos de Moreno,
el pueblo mexicano
donde creció.



Juan Pablo Villalobos

“Nunca residí en la Ciudad de México. He vivido en un ambiente de derechas, católico y ultraconservador hasta los 18 años. Lo que yo he intentado es que lo pueblerino se vuelva cosmopolita, pues eso es mi vida”

TEXTO Xavi Sancho _ FOTOGRAFÍA Pep Escoda

Desde el canon temen al humor porque es la única arma que podría acabar con la literatura. El escritor mexicano Juan Pablo Villalobos (Guadalajara, 1973) se sirve del humor para escribir grandes libros que hacen que mantengamos la fe en la literatura

“Recuerdo a una amiga que tenía un novio tunecino. Vivían en Barcelona y se mudaron a México. Él había leído las crónicas de Ibargüengoitia sobre nuestro país”, narra en una terraza del barcelonés barrio de Gràcia Juan Pablo Villalobos, novelista azteca ganador del último Premio Herralde de Novela con *No voy a pedirle a nadie que me crea* (Anagrama). En las crónicas a las que se refiere Villalobos, el maestro mexicano Jorge Ibargüengoitia realiza un retrato devastador a partir de su inimitable sentido del humor del país que le vio nacer. “Con el tunecino comentábamos los textos. Todo bien. Nos gustaban mucho. Pero un día, ya cuando él residía en mi país, me dijo que todo lo que decía Ibargüengoitia era cierto. Somos unos vagos, todo está corrupto, es un lugar imposible. Joder, me cabré mucho. ¿Quién se creía que era ese tunecino para hablar así de los mexicanos? Una cosa es que lo diga Ibargüengoitia, o incluso yo... ¿pero uno de fuera?”.

No voy a pedirle a nadie que me crea es la primera novela de Villalobos ambientada en Barcelona, ciudad a la que, como el protagonista del libro, se mudó hace más de una década para estudiar un doctorado y en la que reside junto a su mujer brasileña y sus hijos. También es la más democrática. Se mete con todo y todos. “Empecé más suavecito”, recuerda sobre su uso del humor. “En *Fiesta en la madriguera* [2010] había un intelectual y todos en el pueblo le atacaban, pero era suave. Al final, se atacaba la idea del izquierdista latinoamericano trasnochado. Luego, en *Si viviéramos en un lugar normal* [2012] hacía una parodia del realismo mágico, aunque me da que muchos ni se enteraron. Ya en *Te vendo un perro* [2014] me solté”. Hasta este último volumen, la obra de Villalobos estaba totalmente ligada a sus orígenes rurales (el pueblo de su *Si viviéramos en un lugar normal* se presenta como un lu-

gar “donde hay más vacas que personas y más curas que vacas”). *Te vendo un perro* marcaba su llegada creativa a la gran ciudad. Hilarante y adhesiva, se sitúa en el DF y tiene como protagonista a un anciano obsesionado con la *Teoría estética* de Theodor Adorno, tomo que tanto le sirve para manejarse por la vida y lidiar con un maoísta clandestino y un mormón desubicado como para aplastar las cucarachas que invaden su apestado apartamento. “Hay una visión pueblerina en toda mi literatura”, matiza Villalobos. “Nunca residí en Ciudad de México. He vivido en un ambiente de derechas, católico y ultraconservador hasta los 18 años. Lo que yo he intentado es que lo pueblerino se vuelva cosmopolita, pues eso es mi vida. Vivo aquí, mi mujer es brasileña, mis hijos hablan tres idiomas. Vivo en Gràcia porque Gràcia es eso, un pueblo cosmopolita”. Y ahora es cuando Villalobos se hace el tunecino con nosotros. De hecho, en *No voy a pedirle a nadie que me crea* se hace el tunecino con todos los arquetipos de residente en Barcelona. Desde el catalán intenso y pseudointelectual hasta el argentino *chanta*, pasando, claro, por él mismo, un mexicano que llega cargando sobre sus hombros con el peso de un país que no es normal. “Lo que me fascina de Gràcia es ese encuentro entre dos mundos que se da por la inmigración. Aquí coincide un grupo de personas que ha dejado atrás sus vidas con diferentes grados de dramatismo. Esta gente ha tratado de echar raíces en el corazón de un mundo muy inmóvil, el de muchos catalanes de Barcelona. He conocido mucha gente de aquí que ha vivido siempre en el mismo barrio. Y no sólo eso, sino que se han comprado el piso de arriba para que vivan los hijos y así no tengan que sufrir el drama de irse a vivir a Horta”, comenta.

El humor es clave en la obra de Villalobos. Ese humor con el que se destruye la literatura y que esta, que no es tonta, ha logrado hasta hoy desterrar a un segundo plano. Ese humor con el que, poca broma, ha ganado uno de los premios más importantes de la literatura española. “El canon cambia y en unos años tal vez Ibargüengoitia se haga tótem y veamos una estatua suya en algún lugar”. *